

El oficio del científico, de Pierre Bourdieu*

Barcelona: Editorial Anagrama, 214 páginas.

Alfonso Piza R.**

Universidad Nacional de Colombia

El último curso de Pierre Bourdieu en el Collège de France (2001) consta de tres partes en las que afronta la sociología de la ciencia. A un estado de la cuestión sigue lo que concibe como un mundo aparte y finaliza con una presentación de las ciencias sociales como objeto.

Al abordar el **campo** científico, lo hace desde las estructuras que orientan la práctica científica, sin olvidar la importancia de los estudios de laboratorio y sin pasar por alto sus limitaciones. Quiere señalar en el campo científico tanto las lógicas genéricas como las específicas. Así, la noción de campo se asocia a una filosofía “disposicionalista” de la acción que rompe con el finalismo. Recordando el origen matemático, y de la teoría física de la noción de campo, lo concibe como un análisis de correspondencias múltiples, solo que configurándolo como capital científico, explicándolo como un simbolismo basado en el conocimiento y el reconocimiento. Así mismo, el campo es un sistema de cuestiones que se especifican en cada ocasión, dentro del cual hay elementos de lucha y donde es crucial la distribución de dicho capital. Este, a su vez, es concebido como la cantidad de historia acumulada en forma de conservación de infinitas facetas de un tesoro de gestos calibrados y de actitudes convertidas en hábitos. El mayor margen de libertad depende de la concentración de capital, en donde hay oposición entre dominadores (*first movies*) y dominados (*challengers*). Los cambios en el interior del campo son determinados por la redefinición de fronteras entre los campos vinculados (como causa o como efecto) y la irrupción de nuevos ocupantes provistos de nuevos recursos.

El oficio de sabio comporta un *habitus* y una *illusio* escolástica. El principio de la práctica científica no es una conciencia que actúe de acuerdo con las normas explícitas de la lógica y el método experimental, sino más bien un “oficio”; es decir, un sentido práctico de los problemas que se van a tratar, unas maneras adecuadas de tratarlos. La visión

* Traducción de Joaquín Jorda, 2003.

** Profesor del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. lapizar@unal.edu.co

escolástica de la práctica científica conduce a producir una especie de ficción. La práctica siempre está subvalorada y poco analizada, cuando para comprenderla es preciso poner en juego mucha competencia técnica, mucha más, paradójicamente, que para comprender una teoría. El arte del científico está separado del arte del artista por dos diferencias fundamentales. Por un lado, se encuentra la importancia del saber formalizado que se domina en su estado práctico, gracias especialmente a la formación y a las formulaciones; y, por el otro, el papel de los instrumentos. No se actúa de acuerdo con un método, como tampoco se sigue una regla a través de un acto psicológico de adhesión consciente; sino esencialmente dejándose llevar por un sentido del juego escénico con sus regularidades y sus reglas, las cuales se recuerdan permanentemente gracias a las formulaciones expresadas (textos), a los índices en el propio funcionamiento del campo y, de manera especial, a los instrumentos (entre ellos los útiles matemáticos), a los que hay que aplicar los trucos del buen experimentador. El auténtico principio de las prácticas científicas es un sistema de disposiciones, en muy buena medida, inconscientes y transportables, que tienden a generalizarse. Tal *habitus* toma unas formas específicas según las especialidades. En este punto convergen lo general y lo específico.

El concepto de campo quiere criticar varias posturas: la de la ciencia pura y la ideal comunidad científica postulada por Hagstrom (1965); la concepción de la ciencia como un mundo de intercambios generosos, cancelando así las oposiciones de un solo signo (es decir, aquello de concebir el conocimiento sólo como conflicto o sólo como consenso). La ciencia tiene un grado de autonomía a partir del cual hay un derecho de admisión para quienes aspiren a formar parte de él.

En las ciencias sociales hay fuerzas externas que frenan su despegue. La autonomía es una conquista histórica. La matematización marca el origen de varios fenómenos convergentes que tienden en su totalidad a reforzar la autonomía del mundo científico y, en especial, el mundo de la física. El dominio de las matemáticas que se adquiere en el momento de la formación, se convierte en el derecho de acceso y no solo reduce el número de lectores, sino de productores potenciales; esto transforma la explicación (de una explicación de contacto mecánico a una explicación matemática). La utilización de formulaciones matemáticas abstractas debilita la tentación de concebir la materia en términos sustanciales y conduce a hacer hincapié en los aspectos relacionales. El cálculo de probabilidades permite ofrecer previsiones a propósito de medidas ulteriores a partir de resultados de medidas iniciales. Lo que produce la práctica científica es una cierta disposición socialmente constituida, en relación con un campo que recompensa el desinterés y sanciona las infracciones (especialmente los fraudes científicos). El campo impone simultáneamente la competición “egoísta”, los intereses desenfundados que engendra a través del miedo a verse adelantado en algún descubrimiento y el desinterés. La búsqueda de reconocimiento es fuertemente negada en nombre del ideal de desinterés.

Después de descubrir cómo se constituye el campo, o sea, instituyendo una censura en la entrada y ejerciéndola a continuación de manera permanente a través de la lógica misma de su funcionamiento y al margen de cualquier normatividad trascendente, cabe sacar una consecuencia: los productores tienden a tener como únicos clientes a sus competidores más rigurosos y vigorosos, más competentes y más críticos, y tanto más **propensos** y más **preparados** para conferir toda su fuerza a su crítica. Aquí se puede sustentar una razón científica de la razón científica, excluyéndose una apelación a cualquier especie de milagro fundador.

Las relaciones de fuerza científica se realizan a través de vínculos entre conocimiento y comunicación. El reconocimiento de los colegas que caracterizan al campo tiende entonces a producir un efecto de cierre.

En el campo científico, al igual que en muchos otros, no existe ningún procedimiento para legitimar las pretensiones de legitimidad. Las revoluciones solo pueden realizarlas personas que sean, en cierto sentido, capitalistas específicos, es decir, personas capaces de dominar las adquisiciones de la tradición. El campo científico hace que el investigador no tenga más receptores que los investigadores más adecuados para entenderlo, pero también para criticarlo, por no decir para refutarlo y desmentirlo. De aquí surge el monopolio de la representación científica, que puede denominarse arbitraje de lo real. El sujeto de la ciencia no es un colectivo integrado (Durkheim, Merton), sino un campo singular en que la correlación de fuerzas y la lucha entre los agentes y las instituciones están sometidas a unas leyes específicas. La mayor consagración que puede conocer un investigador consiste en poder llamarse autor de conceptos, efectos, etc., que han pasado a ser anónimos. Hay procesos de despersonalización diferentes.

La ciencia, nos dice Bourdieu, es una construcción que hace aparecer un descubrimiento irreductible a la construcción y a las condiciones sociales que lo han hecho posible (2003, p. 136).

